

— ¿Con que, decididamente, señor cura, no quereis entregarnos los fusiles?

— Decididamente no.

— ¿No quereis? una.

— No.

— ¿No quereis? dos.

— No.

— ¿No quereis? tres.

— No, no, no.

— Pues bien, dijo Pitou, quedaos con ellos.

Y haciendo una rápida evolucion se volvió y se lanzó por la puerta entreabierta.

Pero no fué tan precipitado este movimiento que no diese tiempo al inteligente arma del cura para caer sobre los riñones de Pitou, y por grande que fuese el valor del vencedor de la Bastilla, no pudo menos de arrojar un grito de dolor.

A este grito, muchos vecinos salieron de sus casas, y con gran asombro suyo, vieron á Pitou huir con toda la ligereza que le permitian sus piernas, y armado con su casco y su sable, y al cura Fortier de pie sobre el umbral de la puerta blandiendo su arma terrible, como el ángel exterminador su espada de fuego.

## CAPITULO LXII

### Pitou diplomático.

Acabamos de saber de qué modo Pitou habia caido desde lo mas elevado de sus esperanzas.

La caída era terrible. Satanás al caer, no habia medido tan grande espacio al verse precipitado desde el cielo al infierno. Y aun al caer en el infierno, Satanás bajaba rey, al paso que Pitou cayendo bajo la férula del cura Fortier, quedaba Pitou á secas.

¿Cómo volveria á presentarse ante los que le hablan enviado? ¿Cómo despues de haberlos manifestado tan irru-

prudente confianza, se habia de atrever á decirles que su gefe era un fanfarron que con su casco y su espada se dejaba azotar por un anciano cura?

¡Qué verüenza!

Pitou así que se vió solo, se sentó, apoyó su cabeza entre sus manos y se puso á reflexionar.

Habíase lisongeadó de convencer al cura Fortier hablándole en griego y en latin. En su sencilla inocencia habia creido adormecer al terrible Cancerbero con la miel de la torta de *escogidos conceptos*, y he aqui que su torta habia parecido amarga, y que el Cancerbero habia mordido la mano sin tragar la torta.

Todos sus planes habian fracasado.

El cura Fortier tenia un grande amor propio; Pitou no habia contado con él, pues lo que habia exasperado al cura Fortier era mas bien la falta de lenguaje que Pitou habia encontrado en la frase del maestro, que los treinta fusiles que habian querido sustraer de su arsenal.

El cura Fortier era un acérrimo realista y sobre todo un orgulloso filólogo.

Así es que Pitou se arrepintió despues de haber desprecitado en él, á propósito de Luis XVI, y del verbo *ser* la doble cólera de que habia sido víctima. Pitou conociendo á su maestro, debia haber conocido el modo de atacarle y de halagarle. Y en esto consistia verdaderamente su culpa, que lloró, como sucede siempre, demasiado tarde.

Restaba saber lo que hubiera debido hacer.

En primer lugar debiera haber empleado toda su elocuencia en probar su adhesion al trono, dejando pasar desapercibidas las faltas gramaticales del cura Fortier.

Hubiera debido persuadir al cura de que la guardia nacional de Haramont estaba en un sentido contrarevolucionario.

Hubiera debido prometerle que aquel cuerpo de ejército seria el ejército auxiliar del rey.

Y sobre todo no hablarle una palabra de aquel desgraciado verbo *ser* puesto en un tiempo indebido.

Y entónces el cura hubiera abierto los tesoros de su ar-

senal, para asegurar á la monarquía el auxilio de un cuerpo de soldados tan valientes, y de un gefe tan heróico.

Esta táctica era la que constituía la diplomacia; y Pitou despues de haber reflexionado maduramente, trajo á su memoria los hechos que habia leído en los libros.

Pensó en Filipo de Macedonia que pronunció tantos falsos juramentos y á quien sin embargo llamaron un grande hombre.

Pensó en Bruto, que sorprendió á sus enemigos dormidos; en Temístocles que pasó su vida engañando á sus conciudadanos para servirlos, y á quien llamaban sin embargo un gran hombre.

Recordó á Aristides que por el contrario no admitia nunca los medios injustos y á quien tambien dieron el dictado de grande hombre.

Este hecho le dejó muy indeciso.

Pero sin interrumpir el hilo de sus reflexiones, halló que Aristides tuvo la suerte de vivir en un tiempo en que los persas eran tan estúpidos que podia vencerseles nada mas que con la buena fé.

Luego reflexionando mas aun, pensó que en último resultado, Aristides habia sido desterrado, y que este destierro por injusto que fuese, hizo inclinar la balanza en favor de Filipo de Macedonia, de Bruto y de Temístocles.

Pasando á los ejemplos mas modernos, Pitou se preguntó á sí mismo: ¿Gilberto, Bailly, Lameth, y Mirabeau, hubieran obrado así siendo ellos Pitou y Luis XVI el cura Fortier?

¿Cómo se hubieran comportado para que el rey diese armas á quinientos mil guardias nacionales en Francia?

Indudablemente hubieran hecho todo lo contrario de lo que habia hecho él.

Hubieran persuadido á Luis XVI de que los franceses nada deseaban con tanto ahinco, como salvar y conservar la vida y el trono del padre de los franceses; y que para salvarle eran precisos quinientos mil fusiles.

Y seguramente Mr. Mirabeau hubiera logrado su intento.

Pitou recordaba tambien la cancion ó el proverbio que dice:

*Cuando se quiere alguna cosa del diablo, es preciso llamarle monseñor.*

Y de todo esto deducia, que él, Angel Pitou, era un cuadrúpedo y que para volver á presentarse á sus subalternos con gloria, deberia haber hecho precisamente lo contrario de lo que acababa de hacer.

Tratando en aquella ocasion de esplotar aquel nuevo filon, Pitou resolvió obtener por medio de la astucia ó de la fuerza, las armas que no habia podido lograr por medio de la persuasion.

El primer recurso que se presentó á su mente, fué el de la astucia.

Podia introducirse en el museo del cura y sustraer las armas del arsenal.

Siendo ayudado por sus compañeros, Pitou hacia una mudanza; solo, hubiera sido un robo.

— ¡El robo! esta palabra sonaba muy mal en los oidos de Pitou.

Pitou retrocedió ante los dos medios que acabamos de citar.

Ademas el amor propio de Pitou se hallaba ya comprometido, y para salir airoso debia apoderarse de las armas sin ayuda de nadie.

Volvió por lo tanto á reflexionar, no sin admirarse de la nueva direccion que habian tomado sus ideas.

En fin, lo mismo que Arquímedes exclamó: *Eureka*, lo que lisa y llanamente quiere decir en español: *Lo encontré*.

Y con efecto, he aquí el medio que Pitou encontró en el arsenal de sus pensamientos.

Mr. de Lafayette era el comandante general de los guardias nacionales de Francia.

Haramont estaba en Francia.

Haramont tenia una guardia nacional.

De modo que Mr. de Lafayette era comandante general de los guardias nacionales de Haramont.

Mr. de Lafayette no debía consentir que los milicianos de Haramont carecieran de armas, puesto que los milicianos de los demás puntos estaban armados ó próximos á armarse.

Para llegar á Mr. de Lafayette, estaba Gilberto; para llegar á Mr. Gilberto, Billot.

Pitou escribió una carta á Billot.

Como Billot no sabia leer, la leeria naturalmente Gilberto, y el segundo intermediario, se instruiria del caso al mismo tiempo que el primero.

Decidido á adoptar este medio, Pitou esperó á que llegase la noche, entró silenciosamente en Haramont y tomó la pluma.

Sin embargo, á pesar de todas las precauciones para penetrar de incógnito, habia sido visto por Claudio Teller y por Maniquet.

Estos se retiraron en silencio, y despues de haber visto la carta que Pitou les enseñó, por fuera solamente.

Pitou se quedaba entre tanto entregado á la política práctica.

Y he aquí la carta en cuestion:

« Mi muy querido y venerado Mr. Billot :

« La causa de la revolucion gana diariamente simpatías en nuestro pais, los aristócratas pierden terreno y los patriotas avanzan.

» El pueblo de Haramont se alista en el servicio activo de los guardias nacionales.

» Pero esta guardia nacional carece de armas.

» Hay un medio de procurárselas, y es el siguiente: existen en el pais algunos particulares que retienen armas de guerra, y que podian ahorrar al Tesoro público grandes gastos, pasando al servicio de la nacion.

» Haced de modo que el general Lafayette disponga que estos depósitos ilegales pasen á disposicion de los pueblos en proporeion al número de guardias que haya en cada uno; y yo por mi parte me encargo de hacer entrar treinta fusiles al ménos en los arsenales de Haramont,

» Este es el único medio de oponer un dique á los intentos contrarrevolucionarios de los aristócratas y de los enemigos de la nacion.

» Vuestro conciudadano y muy humilde servidor,

» ANGEL PITOU. »

Despues de escribir esta carta, Pitou advirtió que se habia olvidado de hablar al arrendatario, de su casa y de su familia.

Tratábale á lo Bruto; además dar á Billot pormenores de Catalina, era esponerse á mentir ó á destrozar el corazón de un padre y abrir las recientes heridas de su alma.

Pitou ahogó un suspiro y añadió la siguiente posdata:

« La señora Billot, la señorita Catalina y todas las personas de la casa, se encuentran en buen estado de salud y recuerdan mucho al señor Billot. »

De esta manera Pitou no se comprometia ni comprometia á nadie.

Al enseñar la carta que iba á salir para París á sus dos compañeros futuros de armas, Pitou se contentó con decirles únicamente:

— Aquí está la carta.

Y en seguida fué á ponerla en el correo.

La respuesta no se hizo esperar mucho tiempo.

A los dos dias llegó un espreso á Haramont preguntando por Mr. Angel Pitou.

Esto produjo una gran sensacion en el pueblo, y sobre todo en los futuros guardias nacionales.

El correo llegaba en un caballo cubierto de espuma.

Y llevaba un uniforme del estado mayor de la guardia nacional de París.

Júzguese el efecto que produciria y la ansiedad en que pondria á Pitou.

Acercóse temblando, pálido, y tomó el paquete que le entregaba el oficial sonriendo.

Este paquete contenia la respuesta de Billot, escrita por mano de Gilberto.

Billot recomendaba á Pitou la moderacion en el patriotismo.

Y enviaba una órden del general Lafayette, firmada por el ministro de la Guerra, para armar la milicia nacional de Haramont.

Aprovechaba la salida de un oficial, encargado del armamento de la guardia nacional de Soissons y de Laon.

Aquella órden estaba concebida en estos términos :

« Todos los que posean mas de un fusil y un sable, serán obligados á poner las demas armas á disposicion de los gefes de las milicias de cada pais.

» La presente órden es ejecutoria en toda la provincia. »

Pitou, loco de gozo, dió las gracias al oficial, que volvió á sonreír y prosiguió su camino.

Pitou se encontraba en el colmo de los honores, pues recibia directamente las órdenes del general Lafayette y de los ministros.

Y estas órdenes llenaban completamente las ambiciosas esperanzas de Pitou.

Pintar el efecto que produjo esta visita en los electores de Pitou, seria un trabajo imposible de llevar á cabo, y renunciamos á él.

Al ver aquellos semblantes en que se pintaba el asombro, aquella agitacion que reinaba en el pueblo, aquel profundo respeto que todos tributaban á Angel Pitou, el mas incrédulo observador hubiera podido convencerse de que nuestro héroe iba á ser en adelante un gran personaje.

Los electores quisieron, uno tras otro, ver y tocar el sello del ministerio, cosa que les concedió Pitou con la mayor amabilidad.

Y así que el número de los concurrentes se hubo reducido á las personas mas interesadas, Pitou pronunció las siguientes palabras :

— Ciudadanos, mis planes han tenido un feliz resultado, como ya lo habia previsto. He escrito al general Lafayette participándole vuestros deseos de constituir una guardia nacional, y la eleccion que de mí habeis hecho para el mando.

Leed el final de la carta que me dirigen del ministerio. Y diciendo esto presentó el despacho, al final del cual se leia :

*A Mr. Angel Pitou,*

*comandante de la guardia nacional de Haramont.*

— Por lo que veis, el general Lafayette aprueba vuestra eleccion, y vosotros quedais reconocidos como guardias nacionales por el general Lafayette y por el ministro de la Guerra.

Un grito de alegría universal hizo estremecer las paredes de la casa de Pitou.

— Respecto á las armas, continuó nuestro héroe, tengo ya el medio de obtenerlas.

Vais ahora mismo á nombrar un teniente y un sargento. Estos dos gefes me acompañarán en la comision que tengo que desempeñar.

Los concurrentes se miraron llenos de inquietud.

— ¿Cuál es tu parecer, Pitou? preguntó Maniquet.

— Eso no me corresponde á mí decirlo, dijo Pitou con dignidad; y es menester que las elecciones se hagan sin influencias de ninguna especie; reunios sin que yo esté presente, y nombrad los dos gefes que os he indicado. Quedad con Dios.

Y pronunciadas estas palabras con una dignidad poco ménos que régia, Pitou despidió á sus parciales, quedándose solo y envuelto en su grandeza lo mismo que Agamenon.

La eleccion duró una hora; fueron nombrados el teniente y el sargento, cuyos cargos recayeron, el primero en Maniquet, y el segundo en Claudio Tellier.

Luego fueron á buscar á Angel Pitou, quien los reconoció como tales gefes, y así lo proclamó.

Despues de hecho esto.

— Señores, dijo Pitou, no hay un momento que perder.

— Sí, sí, aprendamos el ejercicio, dijo uno de los mas entusiastas.

— Un momento, contestó Pitou; antes que en el ejercicio es menester pensar en los fusiles.

— Es muy justo, dijeron los gefes.

— Entretanto que llegan los fusiles, ¿no se podrá aprender con palos?

— Hagamos las cosas militarmente, respondió Pitou que veía el ardor general y no se sentía bastante instruido para dar lecciones de un arte de que no comprendía una palabra; es una cosa muy ridícula que los soldados aprendan el ejercicio con palos, y no debemos empezar por hacernos ridículos.

— Muy bien dicho, respondieron: ¡vengan los fusiles!

— Venid conmigo, teniente y sargento, dijo á sus subalternos, y vosotros esperad á que volvamos.

Un respetuoso silencio fué la única contestacion de los subordinados.

— Nos quedan aun seis horas de día, y es mas tiempo del que se necesita para ir á Villers-Cotterets, hacer nuestro negocio y volver.

Adelante, en marcha, gritó Pitou.

El estado mayor del ejército de Haramont, se puso en marcha al momento.

Pero así que Pitou volvió á leer la carta de Billot para convencerse de que tanto honor no era un sueño, encontró estas palabras de Gilberto, en que no había reparado la vez primera.

« ¿Por qué se ha olvidado Pitou de dar al doctor Gilberto noticias de Sebastian?

» ¿Por qué Sebastian no escribe á su padre? »

### CAPITULO LXIII.

Pitou triunfa.

El cura Fortier se hallaba muy ageno de calcular la tempestad que le preparaba la aguda diplomacia de Pitou, y el prestigio que había este alcanzado con los gefes del gobierno.

Veíase ocupado en demostrar á Sebastian que las malas compañías traen en pos la pérdida de las virtudes y de la inocencia, que París era un abismo, y que los mismos ángeles se pervertirían en aquella ciudad como los que se habían extraviado en el camino de Gomorra, si no huían inmediatamente al cielo; y tomando por el lado trágico la visita de Pitou, ángel caído, recomendaba á Sebastian con toda la elocuencia de que era capaz, que se mantuviese siempre un honrado y fiel partidario de la monarquía.

Por honrado y fiel partidario de la monarquía, el cura Fortier entendía una cosa muy distinta de lo que el doctor Gilberto.

El buen cura olvidaba que, vista la diferencia que había en el modo de interpretar estas palabras, su propaganda era una mala acción, puesto que procuraba poner en disidencia el espíritu del padre con el del hijo.

Pero preciso es confesar que su semilla se perdía en una tierra mal preparada para recibirla.

¡Cosa singular! á la edad en que los niños son una blanda arcilla, á la edad en que quedan impresas en su alma todas las ideas que se quieren hacer fructificar, Sebastian era ya un hombre por sus convicciones y su firmeza en sostenerlas.

¿Era este el hijo de aquella aristocrática naturaleza que había desdenado al plebeyo hasta el punto de causarle horror?

¿O bien era esto la aristocracia del plebeyo llevada en Gilberto hasta el estoicismo?

El cura Fortier no era capaz de profundizar semejante misterio; únicamente sabía que el doctor era un patriota un tanto exagerado, y procuraba con la preventiva sencillez de los eclesiásticos, reformar á su hijo para la mayor gloria de Dios y del rey.

Sebastian, aunque parecía prestar atención á los consejos, no los escuchaba, y su imaginación se perdía en las confusas imágenes que desde hacía algun tiempo habían vuelto á presentarse á su mente, bajo los antiguos árboles

de los bosques de Villers-Cotterets, cuando el cura Fortier llevaba á pasear á sus discípulos por el lado de la Pierre-Clouève hácia San Huberto ó hácia Latour-Aumont, aquellas alucinaciones, que eran para él una segunda existencia que corría al lado de su existencia real, y una vida de poéticas felicidades, al lado del prosaismo indolente de sus días de estudio.

De repente la puerta que daba á la calle de Soissons, impulsada con alguna violencia, se abrió por sí misma y dió paso á muchos hombres.

Estos hombres eran el corregidor de la ciudad de Villers-Cotterets, el teniente corregidor y el secretario.

Detrás de estos personajes se divisaban dos sombreros de gendarmes, y detrás de estos sombreros cinco ó seis cabezas de curiosos.

El cura, inquieto con aquel incidente, se dirigió al corregidor.

— ¿Qué hay, Mr. Longpre? preguntó.

— Señor cura, respondió este con la mayor gravedad, ¿teneis noticia del nuevo decreto del ministro de la Guerra?

— No, señor.

— Pues entonces, tomaos la molestia de leerlo.

El cura tomó el despacho del ministro y lo leyó.

Y al mismo tiempo que lo leía, su rostro se cubría de una mortal palidez.

— Y bien, dijo, ¿qué es lo que queréis?

— Señor cura, los individuos de la guardia nacional de Haramont no están muy distantes de aquí, y esperan se les haga entrega de las armas.

El cura dió un salto como si fuese á tragarse vivos á todos los individuos de la guardia nacional.

Entonces Pitou, creyendo que aquel era el momento oportuno de presentarse, se acercó seguido de su teniente y su sargento.

— Ahí los teneis, dijo el corregidor.

El semblante del cura, pasó del color amarillo al de púrpura.

— ¡Esos tunantes! exclamó; ¡están ahí esos tunantes!

El corregidor era un pobre hombre que no tenía aun una opinión política bien marcada, y no quería malquistarse ni con Dios ni con la guardia nacional.

Las invectivas del cura Fortier solo produjeron en él una sonora carcajada, con la cual consiguió dominar la situación.

— Ya ois como el cura trata á la guardia nacional de Haramont, dijo á Pitou y á sus dos acompañantes.

— Eso es porque el cura Fortier nos ha conocido niños y nos cree siempre en el mismo estado; dijo Pitou con un acento de melancólica dulzura.

— Pero los niños se han hecho hombres, murmuró Maniquet estendiendo hácia el cura su mano mutilada.

— Y esos hombres son víboras, exclamó el cura en el colmo de la indignación.

— Y víboras que picarán si se las hostiga, dijo á su vez el sargento Claudio.

El corregidor leía en estas amenazas toda la futura revolución.

El abate adivinó en ellas el martirio.

— Pero en fin, dijo, ¿qué es lo que quieren de mí?

— Quieren una parte de las armas que poseeis, dijo el corregidor procurando conciliarlo todo.

— Esas armas no son mías, contestó el cura.

— ¿Pues de quién son?

— De monseñor el duque de Orleans.

— Quedamos enterados, dijo Pitou; pero eso no obsta para que me las entregueis.

— ¿Cómo que no obsta?

— Para nada; y nadie podrá impedirlo.

— Escribiré al señor duque, dijo gravemente el cura Fortier.

— El señor cura olvida sin duda, dijo el corregidor entre dientes, que esto seria una dilación inútil, pues si se consulta á monseñor, responderá que es preciso entregar á los patriotas no solo los fusiles de sus enemigos los ingleses, sino los cañones de su abuelo Luis XIV.

Esta justa observacion hirió profunda y dolorosamente al cura, que no pudo ménos de esclamar:

— *Circumdedisti me hostibus meis.*

— Sí, señor cura, dijo Pitou, es muy cierto; pero solamente os hallais rodeado de vuestros enemigos políticos, porque nosotros no atacamos en vuestra persona mas que al mal patriota.

— ¡Imbécil! exclamó el cura Fortier en un arranque de exaltacion que le prestó una especie de elocuencia; ¡negado y peligroso imbécil! ¿cuál de nosotros dos es el buen patriota? ¿yo que deseo guardar las armas para la tranquilidad del país, ó tú que las pides para promover la discordia y la guerra civil? ¿quién es el buen hijo? ¿yo que ciño la corona de olivo para festejar á nuestra madre comun, ó tú que empuñas la espada para destrozarla?

El corregidor volvió la cara para ocultar su emocion, y al mismo tiempo que lo hacia, dirigió al cura una mirada que queria decir:

— ¡Muy bien!

El teniente corregidor, nuevo Tarquino, derribó unas cuantas flores con su baston.

Pitou quedó sin saber qué contestar.

Visto lo cual por los dos gefes subalternos, fruncieron las cejas con una espresion marcada de disgusto.

Únicamente Sebastian, el niño espartano, permanecia impassible.

Aproximóse á Pitou y le preguntó:

— ¿De qué se trata, Pitou?

Pitou se lo manifestó en pocas palabras.

— ¿Y la orden está firmada? dijo el niño.

— Por el ministro de la Guerra y por el general Lafayette, y está escrita por tu mismo padre.

— Entonces, ¿por qué dudan en darla cumplimiento?

Y diciendo esto, leíase en sus ojos, de dilatadas pupilas, en los movimientos de las alas de su nariz y en las severas líneas de su impassible frente, el implacable espíritu de dominio de las dos razas que le habian dado el ser.

El cura oyó las espresiones que salian de la boca de aquel niño, y no pudo ménos de estremecerse y bajar la vista.

— ¡Tres generaciones de enemigos se alzan contra nosotros! murmuró.

— Vamos, señor cura, dijo el corregidor; es preciso obedecer.

El cura dió un paso estrechando convulsivamente el manajo de llaves que pendia de su cintura, sin duda por un resto de los usos monásticos.

— ¡No y mil veces no! exclamó deteniéndose; esas armas no son mias, y necesito una orden de su dueño para entregarlas.

— ¡Ah, señor cura! dijo el corregidor en tono de desaprobacion.

— Eso es una rebelion, dijo Sebastian al sacerdote; tened cuenta con lo que haceis.

— ¡*Tu quoque!* exclamó el cura cubriéndose con su sotana para imitar á César.

— Vamos, vamos, señor cura, dijo Pitou, no paseis cuidado, que esas armas estarán perfectamente cuidadas en el servicio de la patria.

— ¡Calla, Judas! contestó el cura; has hecho traicion á tu antiguo maestro; ¿por qué no has de ser luego traidor á la patria?

Pitou acusado por su conciencia bajó la vista. Lo que habia hecho era impropio de un corazon noble, aunque muy propio de un hábil administrador de hombres.

Pero al bajar los ojos vió al lado suyo á sus dos subordinados que parecian estar muy disgustados de tener un gefe tan débil.

Pitou comprendió que si se dejaba dominar echaba por tierra todo su prestigio.

El orgullo se apoderó entónces de aquel valiente campeón de la revolucion francesa.

Pitou alzando la cabeza.

— Señor cura, dijo, por sumiso que yo deba estar á

mi antiguo maestro, no dejaré sin embargo, pasar sin comentarios esas injuriosas palabras.

— ¿Ahora te pones á comentar? dijo el cura creyendo derrotar á Pitou por medio de la burla.

— Sí, Señor cura, dijo, quiero comentar, y vais á ver la justicia de mis comentarios. Me llamais traidor porque no me habeis querido dar las armas que yo os pedia con el ramo de olivo en la mano, y que os aranco hoy por medio de una orden del gobierno. Pues bien, señor cura, mejor quiero que parezca que he hecho traicion á mis deberes, que no haber prestado mi apoyo á la contrarrevolucion. ¡Viva la patria! ¡á las armas! ¡á las armas!

El corregidor, repitió dirigiéndose á Pitou, la misma seña que poco antes habia dirigido al cura, y que queria decir:

— ¡Muy bien! ¡muy bien!

El discurso de Pitou tuvo efectivamente un éxito completo, pues produjo un resultado mortal para el cura y un resultado eléctrico en los concurrentes.

El corregidor se eclipsó haciendo señas á su representante de que se quedara.

El teniente corregidor hubiera tambien deseado eclipsarse lo mismo que su superior; pero la falta de las dos autoridades principales de la ciudad hubiera sido muy notada.

Así, pues, siguió con el escribano á los gendarmes que siguieron á los tres guardias nacionales en direccion al museo de armas, cuya posicion conocia perfectamente Pitou.

Sebastian dando saltos de alegría siguió las huellas de los patriotas.

Los otros niños del colegio contemplaban aquella escena con asombro y terror.

Por lo que respecta al cura, despues de haber abierto la puerta de su museo, cayó medio muerto de cólera y de vergüenza sobre la primera silla que se presentó á su alcance.

Una vez dentro del museo, los dos acompañantes de Pitou quisieron saquearlo todo; pero la tímida honradez del gefe de los guardias nacionales interpuso su benéfica influencia.

Contó los guardias nacionales que podia haber en Harramont, y siendo estos treinta y tres, dió orden de que se sacasen del museo treinta y tres fusiles.

Y como en caso necesario Pitou podia tener tambien que hacer uso de una de estas armas, pues no pensaba hacer menos que los otros, reservó para sí otro fusil, fusil propio para un oficial, pues era mas corto y menos pesado que los otros, y aunque del calibre de ordenanza, podia dirigir tan bien los perdigones contra un conejo ó una liebre, como las balas contra un falso patriota, ó un verdadero prusiano.

Además eligió tambien para sí una espada recta como la de Mr. Lafayette, una espada que habria tal vez pertenecido á algun héroe de Fontenoy ó de Philippsbourg y que él colocó tranquilamente en su costado.

Cada uno de sus dos acompañantes cargó con doce fusiles, y aquel enorme peso no les hizo flaquear un momento, pues su entusiasmo les prestaba una fuerza sobrenatural.

Pitou se encargó de los demas.

Pasaron por el jardin para no cruzar por medio de Villers-Cotterets, con el objeto de evitar el escándalo.

Por otra parte este era realmente el camino mas corto.

Este camino, ademas de ser mas corto, ofrecia la ventaja de evitar á los tres gefes de la guardia nacional todo peligro de tener un encuentro con partidarios de ideas contrarias á las suyas. Pitou no temia la lucha, y prueba de su valor era el haberse quedado con un fusil para cuando llegase el caso; pero Pitou se habia hecho, un hombre muy pensador, y desde que reflexionaba mucho, habia comprendido, que si un fusil era un instrumento muy útil para la defensa de un hombre, muchos fusiles era una cosa perjudicial.

Nuestros héroes, cargados con aquellos ópimos des-



pojos, atravesaron el jardín con la mayor precipitación y agobiados de fatiga, pero de una gloriosa fatiga, y cubiertos de sudor, trasladaron á la casa de Pitou el precioso depósito que la patria acababa de confiarles acaso algo imprudentemente.

Aquella misma noche celebró una reunión la guardia nacional, en la que el comandante Pitou entregó un fusil á cada uno de sus soldados diciéndoles como las espartanas á sus hijos respecto al escudo :

« Con él ó bajo de él. »

Entónces hubo en aquella pequeña aldea trasformada de este modo por el genio de Pitou, una efervescencia semejante á la que produce un terremoto en un hormiguero.

La alegría de poseer un fusil entre aquellos hombres todos cazadores de profesion, hizo que Pitou fuese para ellos un semi-dios.

Olvidáronse entónces de sus largas piernas, de sus abultadas rodillas y de su enorme cabeza; olvidáronse en fin de sus grotescos antecedentes y Pitou fué genio tutelar del pais durante todo el tiempo que el rubio Febo empleó en hacer su visita á la hermosa Anfirite.

El siguiente dia se pasó en examinar los fusiles.

Quedando unos muy satisfechos si la batería era buena, y pensando los otros en reparar la desigualdad de la suerte si les habia tocado un arma de calidad inferior.

Durante este tiempo, Pitou encerrado en su habitacion como el gran Agamenon bajo su tienda, en tanto que los demas se agitaban, agotaba su cerebro mientras que sus soldados se destrozaban las manos montando y desmontando los fusiles.

¿ En qué pensaba Pitou ?

Pitou, que habia llegado á ser pastor de los pueblos, pensaba en la nulidad de las grandezas humanas.

Efectivamente llegaba el instante en que todo aquel edificio construido con tanto trabajo, iba á venir á tierra.

Los fusiles se habian repartido el dia anterior. El dia se habia pasado en el arreglo de ellos, al siguiente era preciso enseñar el ejercicio á los soldados, y Pitou no conocia

ni aun la primera voz de mando de la carga en doce tiempos.

Pitou habia cargado siempre su escopeta sin contar los tiempos y del modo que mejor le parecia.

En cuanto á la manobra se hallaba aun peor.

Ahora bien, ¿ qué habia de suceder á un comandante de la guardia nacional que no conocia la carga en doce tiempos, ni sabia mandar una maniobra ?

El que escribe estas líneas solo ha conocido un comandante que se hallase en un caso igual; verdad es que este comandante era compatriota de Pitou.

Pitou, pues, con la cabeza apoyada sobre sus manos, con la mirada estraviada, y en un estado de completa inmovilidad, pensaba.

Nunca César entre las malezas de la Gaula salvage, jamás Anibal perdido en las nieves de los Alpes, jamás Colón estraviado en un desconocido Océano, pensó con mas solemnidad en presencia de lo desconocido.

— ¡ Oh ! exclamaba Pitou, el tiempo vuela, el dia de mañana se acerca con una rapidez espantosa, y mañana apareceré en toda mi nulidad.

Mañana el rayo de la guerra que ha tomado la Bastilla será tratado de ignorante por la asamblea entera de los haramonteses, como fué tratado... no sé quien por la asamblea entera de los griegos.

¡ Mañana ! ¡ mañana ! ¡ cuando hoy soy un héroe !

Eso no puede ser ; llegará á oídos de Catalina y quedará deshonorado.

¿ Y quién puede sacarme de este atolladero ?

La osadía.

No, no ; la osadía dura un minuto y el ejercicio á la prusiana tiene doce tiempos.

¡ Qué idea tan estraña ha sido la de enseñar á los franceses el ejercicio á la prusiana !

Si yo dijese que era demasiado buen patriota para enseñar á los franceses el ejercicio á la prusiana y que he inventado un ejercicio mas nacional...

No, me meteria en un berengenal del que me seria imposible salir.

Recuerdo haber visto un mono en la feria de Villers-Cotterets, que hacia el ejercicio; pero le haria probablemente como lo puede hacer un mono, sin regularidad.

¡ Ah ! exclamó Pitou, ¡ qué feliz pensamiento !

Y al punto abriendo el compás de sus piernas iba ya á empezar á cruzar el espacio, cuando una reflexion le detuvo.

Mi desaparicion les admiraria, dijo; prevengámosla.

Y enviando á buscar á Claudio y á Maniquet, les habló del modo siguiente :

— Señalad el dia de pasado mañana para el primer ejercicio.

— ¿ Y por qué no mañana mismo ? preguntaron los dos subalternos.

— Porque estais vosotros dos muy fatigados y antes de instruir á los soldados quiero instruiros á vosotros. Y hablando de otra cosa, tened entendido que es preciso que os acostumbréis á obedecer sin hacerme observaciones.

Los dos subalternos se inclinaron respetuosamente.

— Está bien, dijo Pitou, con que señalad el dia de pasado mañana para el primer ejercicio.

Los dos gefes se inclinaron por segunda vez y salieron de casa de Pitou, para irse á acostar, pues eran ya las nueve de la noche.

Pitou los dejó marchar, y así que hubieron desaparecido tras de la esquina de la casa, salió á su vez y tomando una direccion opuesta, se puso en quince minutos en el punto mas sombrío y espeso de la selva.

Veamos ahora cuál era la idea luminosa que iba á sacar á Pitou del apurado compromiso en que se encontraba.

#### CAPITULO LXIV

El padre Clouis y la piedra Clouise, ó cómo Pitou llega á ser un táctico y adquiere aire marcial.

Pitou anduvo así por espacio de media hora, internándose cada vez mas en la selva.

Habia entre aquellas espesuras de tres siglos, apoyada

contra una roca y en medio de zarzas formidables, una cabaña edificada hacia treinta y cinco ó cuarenta años, y que guardaba un personage que habia sabido, por su propio interés, rodearse de cierto misterio.

Esta cabaña medio socavada en la tierra y entretejida en su parte exterior con ramage, no tenia otra abertura para dar entrada al aire y á la luz, que un agujero oblicuamente practicado en el techo. Asemajábase á las cabañas de los gitanos de Albaicin, y se descubria á veces á las miradas por el humo azul que se escapaba de su hoguera.

De otra manera, nadie, escepto los guardas de la selva, los cazadores y las gentes que vivian en los alrededores, hubiera adivinado que aquella cabaña sirviese de morada á un hombre.

Y no obstante, hacia cuarenta años que vivia allí un anciano guardia que estaba retirado del servicio, pero á quien el duque de Orleans, padre de Luis Felipe, habia concedido el permiso de vivir en la selva, conservar el uniforme y tirar un tiro cada dia del año á una liebre ó á un conejo, Las aves y la caza mayor, estaban esceptuadas en este permiso.

El buen hombre tenia en la época de que hablamos sesenta y nueve años. En un principio le llamaban Clouis nada mas, y despues el padre Clouis, cuya variacion se fué operando con el trascurso de los años.

Con su nombre habia sido bautizada la inmensa roca en que se hallaba apoyada su cabaña, llamándola la piedra de Clouis.

Habia recibido una herida en Fontenoy, y á consecuencia de esta herida habia perdido una pierna.

Y esta es la razon porque retirado muy pronto del servicio, habia obtenido del duque de Orleans los privilegios de que acabamos de hablar.

El padre Clouis no penetraba jamás en las ciudades, y no iba mas que una vez al año á Villers-Cotterets para comprar trescientas sesenta y cinco cargas de escopeta y trescientas sesenta y seis en los años bisiestos.

En el mismo dia llevaba á casa de Mr. Cosme, som-